

## Dios está del lado de los pobres y nos llama a trabajar por la inclusión\*

José María Tojeira\*\*

Las lecturas de hoy tocan los aspectos más hondos de nuestra fe cristiana. Dios está del lado de los pobres, los pequeños, los humildes. No hay religión verdadera si no hay solidaridad. La opresión de los poderosos indigna a nuestro Dios. Ese Dios que precisamente porque está del lado de los humildes se convierte en uno de ellos, sin poder y sin fuerza aparente, poniendo todo su señorío y su poder en la cruz. Dios es eficaz cargando con el pecado que quiere ocultar la verdad y destruir el amor solidario. Y desde su cruz nos dice cuál es el camino de lo único que resucita: el servicio generoso, la entrega a los más pobres, la verdad construida desde los pobres. Dios nos llama, además, desde nuestra propia cruz existencial, a bajar a nuestros prójimos de sus cruces. Liberar no es caminar como triunfador después de una victoria, rodeado de los despojos de los enemigos, sino servir a quienes padecen cualquier tipo de opresión, estar a su lado, cargar con sus problemas, aun arriesgándose a ser aplastado en el intento, y buscar junto con los oprimidos su real y verdadera liberación. Liberar creando estructuras de justicia, impulsando derechos humanos, alimentando la conciencia de la igual dignidad de las personas.

El mensaje profético, apostólico y evangélico que hemos escuchado nos cuestiona especialmente desde nuestra vida en El Salvador. Nos llama a la conversión personal y al compromiso solidario y social. Conversión personal que genere confianza en el Dios que es Señor de la historia y que quiere liberar a esa misma historia del pecado individual y estructural, y que al mismo tiempo libere en cada uno de nosotros su propia generosidad dispuesta al trabajo. No hay conversión, no hay liberación sin generosidad y entusiasmo por unos tiempos nuevos, en los que se haga presente el año de gracia del Señor, y en los que se alegren todos los que lo buscan.

En esta fiesta martirial, festejamos ya algunos rasgos de lo que hemos escuchado en las lecturas bíblicas. Festejamos y recordamos a ocho esforzadas personas que se entregaron a construir paz donde había guerra, a proteger y defender la dignidad humana donde la vida de los pobres se trataba como si fuera basura. Y las festejamos no para compensar un pasado doloroso, sino porque vemos en su sacrificio, en su libertad y en su coraje

\* Texto de la homilía ofrecida en memoria de los mártires de El Salvador, el 15 de noviembre de 2008.

\*\* Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).

amoroso una prueba de que se acerca el año de gracia del Señor. Ellos siguen vivos en la fe de las buenas y buenos cristianos que siguen trabajando y luchando para que la justicia se imponga, y se transformen y cambien las estructuras que marginan y excluyen a nuestros hermanos más pobres, a aquellos que nuestros mártires llamaban las mayorías populares. Porque, efectivamente, siguen siendo ellos, los más pobres y excluidos, las mayorías de nuestro país.

En el póster de este aniversario se dice que los mataron porque querían la inclusión social, la inclusión en la vida. No ignoraban que la guerra es un mecanismo que excluye de la dignidad al que mata y priva, también excluye de la vida al inocente. Inclusión en una sociedad transformándola. Eliminando el predominio y privilegio del capital sobre el trabajo y denunciando y deteniendo a quienes no tenían escrúpulos, en palabras de monseñor Romero, a la hora de sacrificar un gran número de hermanos salvadoreños al ídolo de la riqueza. Los mártires proponían, en vez de la sociedad excluyente de su tiempo, una sociedad en la que haya abundancia para todos. Y en la que nadie se pueda considerar superior frente a otros por el simple hecho de tener más dinero. En palabras textuales de Ellacuría, propugnaban un mundo “donde nadie se podrá considerar rico en contrapartida con el pobre y en contraposición a él”. El mismo mundo que el Señor nos propone en el Evangelio de hoy cuando nos invita a “anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar a los cautivos su liberación y a los ciegos la vista, a dejar libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor”.

**El Señor Jesús nos invita y nos incluye a todos en el banquete de su Reino. Sólo nos pide que trabajemos en la inclusión de nuestros hermanos y hermanas en el banquete de la vida, en la fraternidad de la existencia, en la solidaridad social.**

En El Salvador de hoy, el mensaje de nuestros hermanos, como el de la palabra que escuchamos, continúa vigente. La violencia sigue excluyendo de la vida a demasiadas personas en el día a día. Cuando se nos dice desde el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo que en El Salvador sólo un 20% de la población tiene trabajo decente, se nos está diciendo que hay un 80% de hermanos nuestros que están excluidos de esa fuente primordial de autorrealización y dignificación humana que es el trabajo decente. El trabajo que sirve para que los hijos crezcan con esperanza, para que los pobres

y las clases medias no se vean obligados a emigrar, para que el desarrollo sea realmente patrimonio de todos. Las mujeres siguen excluidas también, en una alta proporción, del respeto que se merecen, mientras que el machismo, un mecanismo excluyente de dignidad, sigue campeando alegremente en muchos de los comportamientos salvadoreños. Los enfermos que acuden a los hospitales del sistema del Ministerio de Salud siguen excluidos de una medicina adecuada, y las enfermedades de los pobres están tan ocultas que parece que no existieran. Según informes fidedignos, el 20% de los enfermos del corazón que llegan al Hospital Rosales tiene problemas cardíacos derivados del mal de Chagas. Pero como esa enfermedad se da solamente entre los pobres y campesinos, ni hay políticas públicas de salud adecuadas para ella, ni se habla del tema, ni se contabiliza realmente el número de muertos que esa enfermedad produce. Da la impresión de que a estas personas se les excluye incluso de su derecho a ser considerados enfermos. Los pobres más pobres casi no existen en las estadísticas con rostro y nombre real.

Cuando decimos que la mayor riqueza de El Salvador es su gente, decimos una gran verdad. Pero al mismo tiempo caemos en una gran hipocresía. ¿Cómo es posible que una madre campesina que ha sacado adelante a ocho o diez hijos, que es productora de la mayor riqueza de El Salvador, de esa riqueza que llamamos gente, cómo es posible, repito, que esa mujer no tenga derecho a una pensión? Produjo, en las palabras de todos, incluso de nuestros sucesivos Gobiernos, la mayor riqueza de El Salvador: gente. Pero no tiene derecho ni siquiera a una pensión compensatoria para personas no contribuyentes. Cuando decimos que hay exclusión en el país estamos hablando no solo de injusticias como ésta, sino denunciando además la hipocresía permanente de tantas instituciones que hablan de democracia y desarrollo mientras excluyen a la gente digna de los bienes del desarrollo y la democracia.

La exclusión en El Salvador está de muchas maneras invisibilizada. Se nos habla siempre de los triunfadores, y se nos olvida no solo el dolor de los pobres, sino la propia existencia de ellos. Cómo no repetir una vez más que tanto el evangelio como los mártires nos llaman siempre a la conversión personal, a la generosidad social, al cambio de estructuras mentales o sociológicas que impiden salud, educación, pensiones, trabajo decente a tantos y tantas hermanas nuestras.

Al referirse a la necesidad de una nueva civilización incluyente y justa, Ellacuría hablaba de la civilización de la pobreza. Podría haberla llamado civilización de la austeridad, de la responsabilidad o del trabajo. Pero quiso llamarla de la pobreza para señalar que solamente la inclusión activa de los pobres en cualquier proyecto de desarrollo social, la inclusión de sus luchas y sus esperanzas, crea verdadera civilización. Porque los pobres, esos pobres con espíritu de los que también hablaban nuestros mártires, aspiran sobre todo a un trabajo digno que les permita realizarse como personas libres y contribuir a la producción de una riqueza que sea compartida solidariamente.

Si hoy tuviéramos que hacer una lista de las aspiraciones de los pobres, tardaríamos demasiado en terminarla. Empezando por el deseo tan fundamental y básico de que la pobreza no aumente. Y la pobreza ha aumentado en el país desde el año 2007, y también en este año 2008. Para escándalo de todos los cristianos, esta realidad ha permanecido oculta durante un tiempo, se ha atrasado la comunicación de datos al respecto, y apenas ha figurado en nuestros grandes medios de comunicación como un problema grave al que hay que enfrentar, y enfrentarlo ya. Los pobres aumentan y su realidad se oculta en esta política de doble exclusión que caracteriza a nuestra tierra desde hace tantos años.

En este aniversario de nuestros mártires, recordando que los mataron porque querían la inclusión de los pobres en el banquete de la vida, queremos señalar los campos de inclusión que sigue siendo necesario conquistar. Necesitamos que el pueblo tenga voz y la tenga más plena. Por eso creemos que debe incluirse el referéndum como modo de expresarse del pueblo salvadoreño. Si este mecanismo existiera, estamos seguros de que hace tiempo hubiéramos retirado las tropas de Irak.

Los derechos laborales deben ampliarse y volverse más incluyentes. Nuestros trabajadores y trabajadoras tienen menos vacaciones que el resto

de los trabajadores centroamericanos. Los campesinos y las trabajadoras del hogar están excluidas del seguro social; hay que incluirlos, lo mismo que a quienes trabajan en la informalidad. El descanso materno tras el parto, para las mujeres trabajadoras que han dado una nueva vida a El Salvador, debe ampliarse de los 84 días actuales a un mínimo de 120. Tiene que iniciarse, y pronto, una pensión compensatoria para todos y todas las que han vivido y trabajado en El Salvador, y que se quedan sin pensión de retiro simplemente porque no han cotizado a una AFP. Los pobres, que son mayoría y que no pueden cotizar, no cotizan porque sus ingresos son insuficientes para cubrir sus necesidades básicas. Tienen un ingreso mínimo porque una parte del valor de su trabajo se queda en otras manos; enriquece a otros.

La política de seguridad tiene que ser incluyente con los ciudadanos pacíficos, y excluyente con los violentos. ¿Cómo es posible que se sigan dando permisos de tenencia de armas con tanta facilidad? ¿Cómo es posible que no se castigue con mayor rigor la tenencia ilícita de miles de armas en manos particulares? Queremos un país libre de armas de fuego de tenencia privada, porque es precisamente con esas armas con las que se cometen la mayoría de los asesinatos en El Salvador. Armas que excluyen de la vida a gente buena y que incluyen en los círculos de fuerza bruta e impunidad a tanto descendiente de Caín.

Queremos también, y lo lograremos, que se incluya entre los verdaderos héroes de la patria, gente buena digna de servirnos de ejemplo, a tanta víctima inocente cuya muerte ha sido silenciada. Las víctimas de las masacres tienen que recuperar sus nombres; los lugares donde murieron, verse como espacios de luz y de esperanza; los niños de El Mozote, del Sumpul, de Las Hijas, de la Quesera, de tantos otros lugares, tienen que ser considerados también como el futuro de la patria. Ese futuro que queremos con justicia, sin violencia, con inclusión de todos y todas en la mesa fraterna de la que hablaba Rutilio Grande, cada cual con su taburete, su puesto y su misión.

El Señor Jesús nos invita y nos incluye a todos en el banquete de su Reino. Sólo nos pide que trabajemos en la inclusión de nuestros hermanos y hermanas en el banquete de la vida, en la fraternidad de la existencia, en la solidaridad social. En esta jornada de fiesta martirial, en la que se unen los jesuitas y sus colaboradoras de hoy al recuerdo de los jesuitas mártires del Paraguay, y a todos los mártires de El Salvador, comenzando por monseñor Romero, digámosle al Dios que nos incluye siempre en su amor, que jamás excluirémos a nadie del nuestro. Y que esta eucaristía sea el sello y la promesa de una patria más común y compartida, de un cristianismo más militante y comprometido, de una fe abierta plenamente a ese Espíritu del Señor Jesús que, repetimos en la pascua, liberará al mundo del pecado y la injusticia y renovará la faz de la tierra.